

# LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

## N.º 4 EL REY DE LOS JINETES



... apareció una hechicera y radiante criatura...

# EL REY DE LOS JINETES

## I

**T**remendosa de alegría y entusiasmo la pequeña capital del reino de Malvania, cuyo trono ocupaba su graciosa Majestad Felipe XI, un príncipe tan bondadoso de carácter como juvenil y de simpática fisonomía.

Aparecían envalanados con columnas y banderas casi todos sus edificios, atronaban el espacio frecuentes disparos de cañones y el sonoro lenguaje de las campanas de sus iglesias.

Dos acontecimientos eran causa y motivo de la bulliciosa algarazra que llenaba calles y plazas y del zozo que se veía reflejado en todos los semblantes.

Uno de ellos consistía en un clamoroso desfile, al son de trompetas y atabales, por la población de un numerosa y pintoresca *troupe* de faranduleros.

Varios de éstos, cabalgando soberbios corceles, llevaban enormes carteles anunciadores que, en grandes y claros caracteres impresos, decían:

¡PRONTO! ¡PRONTO!

¡Los reyes del Gesto americano!  
con su ilustre director

WILLIAM SCOTT

el famoso Rey de las Praderas

El otro acontecimiento a que hemos aludido, de índole muy diversa, estribaba en el homenaje que la mayoría de los habitantes de la capital del reino de Malvania rendían a su joven soberano con motivo de su cumpleaños.

Una compacta muchedumbre se aglomeraba en las cercanías del palacio real, acondicionado por tropas de a pie y a caballo, vestidas de gala, dando sucesivos y ensordecedores vítores.

En el recto edificio tenía lugar una fiesta por demás brillante.

Y, sin embargo, la expresión del joven rey de Malvania no era, precisamente, la de un hombre feliz.

Como si adviniese que todos aquellos alaridos, las palabras aduladoras y los serviles y exagerados saludos de sus elegantes y ceremoniosos cortesanos, obedecían más que a nobles y desinteresados impulsos de fidelidad y afecto a su persona, a secretos y ambiciosos móviles, ordenó a su primer ministro:

—Nicolás, despide inmediatamente a los invitados, porque me duele horriblemente la cabeza.

El personaje a quien iban dirigidas estas palabras quedóse un tanto perplejo, y tras una corta reflexión, observó:

—¡Majestad, yo os ruego y aconsejo que no interrumpáis la brillante fiesta en que se os rinde un homenaje tan sincero, una adhesión tan profunda, un aclamamiento tan rotundo!... ¡Ningún soberano de Malvania fue tan querido de su pueblo como Vuestra Majestad!

Felipe XI sonrió con cierta amargura y preguntó:

—¿Lo creéis así, Nicolás?

—¡En absoluto, Majestad!

—¿Y no creéis que más vítores y aclamaciones de que ahora soy objeto, en la cumbre del poder y la riqueza, se transformarían en mueras y denuestos si fuese destronado?

Haciendo un aspavento de esta-

por, el encumbrado personaje exclamó:

—¡Desechad, Majestad, tan espantosas suposiciones, que jamás han de confirmar los hechos! ¡Por ahora no amenaza al glorioso trono que ocupáis peligro alguno!

—¡Y yo os digo que se tambalea! ¡Yo os aseguro que estoy rodeado de enemigos!

—¿Conocéis a estos, Majestad?

—No; ¿cómo he de conocerlos si nunca se me acercan, reverentes y sumisos, llevan en el rostro la máscara de la perfidia y la hipocresía? Los barrunto, los advino...

—Entonces, Majestad, ahuyentad esos peligros de vuestra imaginación y no os amarguéis vuestra esplendorosa y gloriosa existencia con tan alarmantes suposiciones...

«¡Tened la absoluta certeza de que el ministro de la policía vela por vuestra seguridad y...»

Felipe XI puso fin a este diálogo con un ademán de su noble diestra.

En aquel momento llegó a sus oídos un formidable clamor, e inmovido por la curiosidad, acercóse a uno de los amplios ventanales que calan a la vista plaza en que se alzaba su regia morada.

Acababa de desembocar a esta la *troupe* de americanos, seguida por un verdadero río de gente. Cuando cesó el redoblar de tambores y los toques de trompeta, una voz poderosa comenzó a decir:

—¡Respetable público! ¡Ante tus ojos está desfilando la flor y nata de las mineras poderosas americanas! Los centauros, los lanzadores del bazo y del cuchillo, domadores de pollos y vencedores de las fieras más terrible, causarán tu admiración y entusiasmo con sus proezas... con sus habilidades y trabajos de artista.

Desde el ventanal presenciaba Felipe XI tan insolito espectáculo, y, cuando hubieron desaparecido los forasteros, dejando una estela de

bullicio y jolgorio, encarándose con su primer ministro, le dijo:

—¡Quisiera asistir a la función de esos artistas como un simple particular!

—¡Imposible, Majestad!

—¿Quién me lo pueda prohibir a mí, el rey?—inquirió el joven soberano, frunciendo el ceño.

—¡Nadie, en efecto, puede oponerse a vuestra augusta y regia voluntad! Pero os lo prohíbe vuestra propia grandesa... Ya sabéis que en esta casa la etiqueta pone entre vuestra persona y esos artistas un muro infranqueable.

—¡Y, sin embargo, yo quiero admirar y aplaudir a esos extranjeros! ¿Lo oís, conde Gradko?

—¡Sí, Majestad!

—¡Pues, ingenuos para complacerme!

—¡Os obedeceré, Majestad! Como soberano, podéis ordenar a esos artistas que exhiban sus audacias y habilidades en vuestro propio palacio para vuestra regia persona exclusivamente.

—¡Aceptado! ¡Nada más tenemos que hablar!—dijo Su Majestad volviéndole la espalda a su primer ministro, que se lo quedó mirando con expresión sombría y sonriendo de un modo enigmático...

Luego murmuró:

—Su indulto harronta el peligro, pero no llegará a descubrirlo! ¡Y cuando se entere de que se queda sin cetro y sin corona, será demasiado tarde!

«¡Sin embargo, tienes que ser prudente, astuto y hábil como el diablo, Nicolás!—se dijo a sí mismo. Porque si el golpe fracasara, no se podría dar por tu cabeza un solo ochavo.»

Estas palabras son tanto significativas y elocuentes para que nosotros tentemos el tiempo explicando su sentido.

Soplaban aquellos días aires de tempestad en torno del rey de Malvania.

Y era precisamente el conde Ni-



colás Gradko el principal conjurado contra su rey y señor. A él le debía cuantos honores y riquezas disfrutaba.

Pocos años antes, en una rebelión militar, habían hallado los reyes de Malvania una trágica muerte. Los oficiales sublevados, ebrios de triunfo y de sangre, habían po-



*Detención de Scott.*

trizado en el palacio, asesinando a cuantos quisieron cortarles el paso, y llegando a la cámara nupcial de los soberanos, variaron en ellos su sed de venganza.

El entonces príncipe heredero, contaba quince años y pudo librarse del exterminio de que fueron víctimas sus progenitores por la casual circunstancia de hallarse en un país extranjero completando su instrucción militar.

El pequeño país en que durante varios años reinara su estirpe, quedó a merced de los triunfadores. Pero como estos no perseguían ninguna ideal, como el fin y motivo de su existencia no consistía sino en adquirir riquezas, nunca en Malvania fué tan procaz y enorme el atrocino, tan desvergonzada la inmoralidad, tan desenfrenados los antagonismos y furiosas las rivalidades entre los que gobernaban y los que querían gobernar...

El conde Gradko, que en la pasada revolución se distinguiera por

su odio a los reyes asesinados, fué quien, al correr de los años, maestro consumado en el arte de la intriga, apasionado jugador en los asuntos de la política, ofreció al príncipe huérfano el trono de sus mayores.

Le inspiraban a éste horror y desprecio la mano del conde que cuantos personajes tenían las manos manchadas con la sangre de sus padres... Y rechazó el ofrecimiento.

No, no! jamás volvería él a poner los pies en el suelo del pueblo cuyo brozo se había alzado contra sus reyes.

Pero se vio asediado por tantos ruegos, prestó oídos a tan fatigadoras razones, invocadas por los aventureros y ambiciosos que con un cambio de régimen cifraban el lucro de sus mesquinas y execrables pasiones, que acabó por aceptar.

Y el pueblo se desbordó de entusiasmo cuando el príncipe Felipe, al frente de las tropas, hizo su entrada en la capital del pequeño reino de Malvania.

Felipe XI era modelo de reyes indulgentes, bondadosos y honrados. Ablyentó de su generoso pecho el rencor que en él abriera el trágico fin de sus padres, y nunca quiso que este recuerdo fatal se despertara en el fondo de su alma, a pesar de que en infinidad de ocasiones vió rodeado de cortesanos y palaciegos a los cuales habría podido gritar:

—¡Apartaos de mí, malvados, que sois los asesinos de mis padres!

Por su bondad y su conducta magnánima y humanitaria, el pueblo le idolatraba.

En cambio era aborrecido por su inexorable rectitud, valedor a sus anhelos rapaces, por los personajes más conspicuos de la corte.

El conde Gradko figuraba entre esa talla de brujos y abominables sanguisugas del pueblo.



... sin exceptuar a un auténtico *poet rojo*...

Nuevamente demostraba su habilidad sin par en la difícil misión de fomentar una rebelión sin aparecer él comprometido...

Contaba ya con el apoyo de los principales jefes del sacro ejército acuartelado en la capital, y entre los conjurados estaban ya convenidos y aceptados el día y la hora en que habría de estallar la tempestad.

Prosigamos ahora, después de estos breves y necesarios antecedentes, el relato de los hechos.

Habían acompañado los artistas en los pintorescos alrededores de la capital, y reinaba entre ellos la vocingloria alegría peculiar entre gentes de su profesión, tan llena de peripecias y aventuras de toda laya; todos estaban henchidos de orgullo por el entusiasta recibimiento de que habían sido objeto en aquel fausto día.

Se hallaban atareados en los preparativos de la primera función que habían de dar ante el buen pueblo

de Malvanta, cuando William Scott y el propietario de aquel inmenso circo ambulante, vieron avanzar hacia ellos un personaje de imponente aspecto que lucía un brillante uniforme, escoltado por dos guardias del palacio real.

Tan inesperada visita produjo en la *troupe* el natural revuelo y una ávida expectación.

—¿Quién de vosotros—preguntó con solemne acento el personaje del brillante uniforme, paseando una fría y ocultosísima mirada a su alrededor—es el director de esta *troupe*?

Oída esta pregunta por el arrogante y guapo Scott, se apresuró a responder:

—¡Un servidor!

—De orden del rey—añadió el visitante haciendo una ceremoniosa reverencia—, habréis de presentarnos todos inmediatamente en palacio.

Entre los artistas agrupados alrededor del encoquetado cortesano, se

produjeron fuertes murmullos de asombro y de curiosidad.

William Scott, un tanto confuso, y atribuyendo a un motivo desagradable el regio invitado, se apresuró a declarar:

— ¡Eso no es de mi incumbencia, sino de la de este señor, que es el propietario de la compañía!

— Naturalmente: corroboró éste— ¡Yo soy el propietario, pero usted, William Scott, es el director!

— ¡Pues bien, sí! ¡Yo voy a ver a Su Majestad!

— ¡Inmediatamente! advirtió el regio invitado con acento glacial.

— ¡Sí, sí! ¡Aboca mismo! — prometió Scott.

Varios muchachos gritaron a la vez:

Y nosotros le acompañaremos!

En aquel momento, en la puerta de un enorme carronazo, apareció una hechicera y radiante criatura, de tan espléndida y lozana belleza, que el viento era un regalo y un encanto de sus ojos.

— ¡Qué ocurre, William querido! — preguntó con un dulce y armoniosa voz.

Acudíase el interrogado a la bellísima joven y en pocas palabras satisfizo su curiosidad.

Y acabó diciendo:

— ¡Como puedes suponer, querida Josefina, en mi vida me has visto más gozosa! ¡Un rey, un auténtico rey de carne y hueso, quiere verme y hablarme!

— ¡Para qué!

— ¡Lo ignora! Quizás te enoje nuestra presencia en la capital de su reino y más ordene alejarnos de ella como si fuéramos una peste. ¡Y en tal caso, huiríamos de obedecer, porque el enojo y el furor de los reyes son funestos para el que se los atrae!

— ¡Muchachos! — añadió con voz estentórea — ¡Ya podéis hacer los preparativos para la marcha! Porque podría ser fácil que cuando yo

retorne a vuestro lado, tuviésemos que largarnos más que de prisa!

— ¡Yo quiero acompañarte! — se ofreció Josefina.

— No, no! — exclamó William Scott.

— ¡Por qué?

— ¡No sabría expensar con palabras mis temores, amiga mía! ¡Pero te ruego que te quedes aquí! ¡Acordes a mi ruego, verdad?

La hermosa artista encogiose de hombros por toda respuesta.

Unos momentos después, cuando las primeras sombras de la noche comenzaban a invadir el campamento, William Scott y una docena de compañeros se alejaban en dirección de la capital.

Ninguno de ellos advirtió que Josefina, envuelto su cuerpo de estatua en una capa oscura, llegaba a la vasta plaza en que se alzaba el majestuoso edificio, pocos instantes después, y que avanzaba hacia la entrada de la regia morada, cerca de la cual se presalían con andar anochasado, arma al brazo, varios centinelas.

Sin duda estaban éstos avisados de la llegada de los extranjeros, porque ninguno se opuso a su paso, preguntándoles quienes eran y qué querían.

No ocurrió lo mismo en el interior. Antes de llegar a presencia de Su Majestad, hubieron de contestar al interrogatorio que les sometían los guardias del palacio real que, inmóviles como estatuas, William Scott y sus compañeros encontraban de trecho en trecho.

Los artistas no acababan de salir de su asombro viéndolo, después que dirigían los ojos, tanta riqueza y magnificencia.

Uno de ellos exclamó al cruzar una de las más lujosas salas llena de espejos en los cuales se reflejaban su pintoresca figura y las de sus compañeros, dándoles la sensación de que allí se habían congregado centenares de habitantes del Far West:



—Compañeros, estos *cow-boys* no los he visto nunca en Texas, ¿verdad?

Al mismo tiempo lanzó una sonora carcajada.

—¡Callate! le ordenó William Scott, — porque vas a presentarte ante el rey!

—¿Es aquel? — preguntó el jovial *cow-boy*, señalando a un personaje que, con una inmovilidad hierática, se hallaba en el extremo de la lujosa estancia.

—¡Preguntémoslo! — propuso otro.

El personaje en cuestión, sin hablar palabra, indicó a los intrusos un cortinaje, y William Scott, apartándolo, se quedó yerto de asombro. Se hallaba en el salón del trono.

Cuatro personas había en el regio aposento, y por la refusalente corona de oro que adornaba la cabeza de una de aquellas, la más joven y simpática, adivinó que estaba viendo a Su Majestad Felipe XI.

No se enojaba.

Entonces, sin pensar siquiera en desahucarse, declaró:

—Venimos a ver al rey.

El arrogante y guapo que usaba las insignias propias de la realeza, sonriendo con todo el encanto y la hermosa alegría de la juventud, exclamó:

—¿Estás delante de él? ¡Yo soy el rey!

Los cortesanos que presenciaban esta escena, cruzaban entre sí miradas significativas.

A no impedírsele el miedo a la cólera y al castigo de Su Majestad, habrían exteriorizado su protesta. Aquello era inaudito! Aquello semejaba una profanación de la realeza!

Jamás en aquel salón se había visto el vergonzoso espectáculo que ofrecían aquellos rudos, histriotes, vestidos de un modo ostentatorio e ignorantes de la concepción y los

modales que la etiqueta palatina prescribía, a las gradas del trono.

Felipe XI, jovial y gozoso, les invitó:

—¡Acercaos! ¡Acercaos! — mientras ocupaba el sillón del trono.

Luego añadió:

—¿Quién de vosotros se llama William Scott?

Henchido de orgullo y de júbilo el arrogante caballista del Far-West al oír su nombre en los labios del joven soberano, respondió:

—Yo, Majestad!

—Como no me está permitido asistir a los espectáculos públicos, le he mandado llamar para que prepares una representación especial para mí...

—¡Con muchísimo gusto, Majestad! — respondió William Scott. Pero debo advertirte, señor, que para complacerme mejor, habremos de necesitar mucho espacio...

—Mi palacio tiene vastísimos terrenos, de los cuales puedes disponer desde este momento a tu gusto y desecho...

—¿Me permitirás, pues, examinarlo todo?

—¡Naturalmente!

—¿Sin que nadie me lo impida y moleste?

—¿Quién va a impedir lo que yo quiero? — exclamó el joven príncipe.

Sonrióse William Scott y dijo:

—No siempre se hace y se cumple lo que manda y quiere el rey!

Una sombra obscureció el semblante de Su Majestad, y meneando la cabeza, corroboró:

—¿Es verdad lo que dices? ¡No siempre se cumple mi deseo y voluntad!

Pronunciadas estas palabras, Felipe XI dirigió una mirada a los cortesanos que se hallaban afilados a la izquierda del trono, pues la parte opuesta ocupaban William Scott y sus *cow-boys*.

—Pero si yo fuere rey... añadió el valiente caballista, interrumpiéndose.



*En cierto caballo de madera...*

Con una ávida curiosidad, el joven príncipe, inclinándose hacia su arrogante interlocutor, cuya presen-



*La lucha en palacio...*

tancia y varonil gallardía le causaba una admiración intensa, repitió:

—Si tú fueses rey... ¿qué harías?

Meditó unos momentos el americano, y, por fin, declaró:

—¡Me haría obedecer y gobernar por mi pueblo!

—¡No es eso tan fácil como suena! — suspiró Su Majestad—. Nunca los príncipes mandan a gusto de todos, pobres y ricos, poderosos y humildes, nobles y plebeyos.

—¡No es tan arduo y como parece el oficio de rey, amigo mío! ¡A veces, a mí, esta corona que cede mis vienes, me atormenta como si fuese de espigas! A veces, yo, que soy obedecido por millares de hombres, me parece que este manto que envuelve mi cuerpo, es una tónica de plomo que me agobia y asfixia y me siento más oprimido que el más miserable de los esclavos...





*Los cow-boys en el salón del trono*

Seguó a estas palabras una breve pausa, y luego, haciendo Felipe XI nuevamente uso de la palabra, declaró:

— ¡Pero dejemos tan desagradable conversación! A ti no te puede interesar...

— ¡Os equivocáis, Majestad! — declaró con tan ruda franqueza y tan sincera lealtad William Scott, que el rey — pudo menos de sonreír con indulgencia.

Y añadió, con vehemencia:

— ¡Yo aseguro a Vuestra Majestad que si dependiese de mi voluntad y de mi persona, reinariais como el monarca más feliz y tranquilo!

— ¿Cómo puedes sentir hacia mí ese afecto tan ferviente y hondo, siendo extranjero?

— ¡No sabría encontrar las pala-

bras adecuadas, aunque las buscase, para expresarlo! Pero es la suerte que haría cualquier sacrificio pa-



*Al son de trompetas y atabales...*

ra demostrar a Vuestra Majestad que no hablo en vano, y — durante nuestra permanencia en la capi-

tal de vuestro reino se presentase una ocasión...

En aquel momento apareció un ujier en una puerta lateral, haciendo una profunda reverencia.

El rey le hizo seña de que se acercase, y el recién llegado subió las gradas del trono deslizando al oído del joven soberano unas cuantas palabras.

Felipe XI las escuchó agradablemente impresionado, y poniéndose en pie, dió a Scott amistosas palmadas en el hombro, diciéndole:

—¡Interrumpamos por ahora esta entrevista! Quedas autorizado para examinar los vastos terrenos de mi palacio... y antes de marcharte, reanudarémos nuestra charla.

Pronunciadas estas palabras, descendió del trono, saliendo por la misma puerta por la cual apareciera el ujier.

## II

William Scott y sus compañeros de andanzas y aventuras se quedaron sencillamente encantados de la amabilidad y la franqueza que Su Majestad les había testimoniado, abandonando el salón del trono el corazón de alegría.

—¡Buenas! vosotros al cumplimiento, pues yo me quedare a cumplir el encargo que me ha hecho el rey más simpático y bondadoso del orbe.

Unos momentos después recorría los vastos jardines que rodeaban por tres partes el majestuoso edificio, excentrando la fachada posterior que daba a la plaza.

De vez en cuando hallaba un centinela que le preguntaba:

—¿Quién sois? ¿Donde vais?

—Estoy aquí por orden del rey! —respondía William Scott con firme orgullo, y proseguía su nocturno paseo por las frondosas alameda-

das, adornadas con numerosos y artísticos grupos escultóricos.

De esta manera le llevaron sus pasos hasta un sitio tan agreste y de tan abundante vegetación, que más parecía un trozo de selva virgen que del jardín de un palacio.

La suave brisa arrancaba un débil murmullo a los árboles, arbustos y malezas.

William Scott tendiéndose sobre ésta: a su mente agolpáronse los recuerdos de su país natal. De improvviso percibió rumor de pasos apresurados. Estimada su curiosidad incorporóse apoyando el codo en el suelo, y sus ojos de lince, habituados a ver en la obscuridad más densa, percibieron varias siluetas humanas que desaparecían a los pocos momentos en el interior de una especie de pabellón.

—¿Por qué emplean esos hombres tanto sigilo a estas horas? —se preguntó William Scott.

Creó por su mente una sospecha terrible, al pensar que no emplearían tanto secreto para hacer una cosa honrada y leal, e impulsado por una voluntad superior a la suya, arrastróse un largo trecho por la maleza.

No le separaban ya del mencionado pabellón más de unos diez metros.

Una tenue iluminación brillaba en las sombras de la noche.

A su lado, un árbol cruzaba su opulenta fronda; nuestro amigo trepo por su recio tronco con agilidad ardillesca, y unos instantes después se hallaba oculto entre el espeso ramaje.

Desde tan oculto observatorio el audaz caballista pudo distinguir seis hombres; la escasa iluminación del pabellón permitía examinar sus personas. Todos ellos denotaban por el vestido pertenecer a elevada clase social; dos usaban un vistoso uniforme, y respecto de su edad, ninguno llegaba a los cuarenta años.

Que su actitud y el aire de mis-

terio y de temer que adoptaban. Scott dedujo que los había reunido allí un asunto grave; sus sospechas se arraigaban por segundos.

¿Tramaban un complot contra el rey? No transcurrirían muchos minutos sin que esta pregunta obtuviese una respuesta clara.

Uno de ellos, alto y delgado, parecía atraer la atención de los demás y ejercer sobre ellos una poderosa influencia.

Con toda la energía de su ser concentrada en el oído, William Scott le oyó decir:

—Aquí me tenéis, amigos, dispuesto a repetir la epopeya de mi padre contra los reyes que perdieron el trono y la vida!

—Felipe XI le encerró en un calabozo cuando por obra de unos traidores se cedió la corona, pero se acerca la hora del desquite y del castigo!

—¿Cuanto con vosotros, ¿verdad?

—[Hasta la muerte! — respondió el personaje vestido también de uniforme.

Y los otros cuatro repulieron:

—[Hasta la muerte!

Uno de ellos añadió con reconcentrado furor:

—Todos tenemos agravios y humillaciones recibidas de este rey, que tan buenas migas hace con la hedionda chusma, con la plebe sucia y brutal.

—Lo esencial es que no fracase el golpe! —objetó otro.

—¿Si no estuviera yo completamente seguro del triunfo de nuestra causa, habría arriesgado la vida, nada menos, necesariamente, entrando en Malvasia? [No, no fracasaremos!

—Todo está ya previsto y calculado. [Ni una sola espada del ejército se desenvainará para defender al rey!

—¿Cuándo daremos el golpe?

—¡Pronto! Quizás mañana. Nos apoderaremos de la persona del rey, le obligaremos a abdicar y renunciar del trono para siempre jamás,

Y luego lo arrojaremos de Malvasia como a un paria, como a un mendigo!

—[No será necesario matar al rey! —añadió el jefe de los conjurados en cuyas palabras vibraba un odio feroz—. [Pero si fuese necesario suprimir su vida, mi propia mano no vacilaría un segundo en hacerlo!...

Esta vez se expresó de un modo lo suficientemente alto para que sus palabras se propagasen fuera del oscuro quiosco en donde se hallaban congregados en secreto y pudieran llegar a oídos indiscretos...

—[Silencio! [Seamos cautos y prudentes por amor de Dios! —aconsejó con voz más débil que un soplo uno de los amigos de Clark.

—Bah! —repuso el—. Nadie puede oírnos. El centinela que vigila esta parte del palacio se arrojará al fuego y al agua si yo se lo mandase... Y repito lo que he dicho: yo estoy dispuesto a matar al rey... mejor dicho, a castigarlo...

Cayó entonces una mano sobre el hombro de Clark y una voz conca susurro:

—[Silencio! [Alguien se mueve en la oscuridad!

—Será el ruido de alguna ave nocturna!

—No, no! [Escuchad! [Alguien está allí!

—[Un espía, un traidor, tal vez!

Clark y algunos de sus secuaces desenvainaron los aceros. Nadie pronunció una palabra, pero sus ojos denotaban la terrible resolución que habían adoptado.

Cualquiera que fuese el curioso, o el espía, o el traidor, lo atravesarían a estocadas, pagando con su vida lo que había oído...

Si alguien se había enterado de la conjura tramada contra Su Majestad Felipe XI estaba desde aquel momento condenado a muerte.

Los conjurados se esforzaban en penetrar las tinieblas que les rodeaban.



De pronto llegó un ruido a sus oídos, y entonces el corazón de cada uno de aquellos hombres lo oprimió una mortal congoja.

Por fin se destacó en la obscuridad una sombra de arrogante contorno, y todos los conjurados se miraron en silencio, con ardiente ansiedad, brillando en sus ojos una muda desesperación.



—En orden del rey...

—¡Nos han espiado! —murmuró alguien.

—¡Estamos perdidos! —ratificó otro.

—¡Ese hombre posee un secreto que es la muerte para todos nosotros! —opinó un tercero.

—¡Se lo llevará antes al infierno! —rugió Clark, avanzando hacia la sombra.

Esa era la de William Scott, el cual, empujando el revólver, se alejaba del sitio en que había permanecido unos momentos, bien ajeno a que la casualidad iba a enterrarle de la odiosa maquinación que tramaban aquellos despechados y ambiciosos cortesanos, y consciente del peligro que lo amenazaba.

Apresurémonos a decir que William Scott era demasiado noble y generoso para desempeñar el oficio de delator, y por lo tanto, ni siquiera había cruzado por su cerebro la idea de revelar al rey el complot tramado contra él.

De pronto oyó gritar a sus espaldas:

—¡Alto! ¡alto!

El caballista se detuvo, irguiendo su imponente y poderosa figura.

—¡Un espía!

—¡Un traidor!

El guapo semblante del forastero lo iluminó una sonrisa de burla y de desprecio, y con la voz serena y calmada, paseando la impávida mirada sobre los hombres que intentaban rodearlo, exclamó:

—¡Espía! ¡Traidor! ¿A quién van dirigidas tan amables palabras, caballeros?

—¡A ti! ¡A ti!

—¿Y a quién espía, a quién traiciona? —preguntó nuestro amigo con el mismo acento de burla.

Estas preguntas quedaron sin respuesta.

Por fin, el conjurado que usaba uniforme de capitán de los guardias del rey, ordenó al centinela:

—¡Arresta a este hombre!

—¡Que nadie haga un solo gesto de amenaza si estimo en algo la vida! Mi mano derecha empuña un revólver de siete tiros, que en el relampaguear de unos segundos, pueden quitar la vida a siete enemigos.

Quizás esta escena habría tenido un fin dramático, si no evitáramos la aparición de un personaje nuevo.

—El rey! ¡El rey! —exclamó alguien con expresión de indefinible angustia.

Apenas divisó Su Majestad al valeroso caballista, corrió hacia él diciéndole: ¡jubiloso!

—¡Ven, amigo mío! En palacio hay una persona que desea verte. — ¡Vamos, pronto!

Los seis conjurados vieron alejarse a Felipe XI y al forastero, exhalando un profundo suspiro de alivio.

Clark dijo con voz sorda:

—Será preciso vigilar estrechamente a ese extranjero! ¿Te cuidas tú de ello, querido?



—Si— respondió éste—. ¡Y si ha oído nuestras palabras, juro enviarlo al infierno!

### III

Reinaba una bulliciosa animación en el campamento de los *cave-bats*, porque aquella noche iban a dar una representación en los inmensos terrenos del palacio real.

Agradecidos ante los agasajos y la amabilidad que Felipe XI les testimoniaba, todos hablaban de él con una alabanza y una gratitud por demás sinceras.

—¡No me iré yo de la capital sin enviarte un buen regalo a Su Majestad!—dijo uno de los *cave-bats*.—Ahora lo estoy preparando.

El que así se expresaba mostró con aire triunfal una caja de cartón.

Un compañero suyo, lanzando una risotada, observó:

—¡Si te envíases al rey un regalo en esa caja de zapatos, sería capaz de enviarte a la horca!

Apenas fueron dichas estas palabras, un agente de la policía, que se paseaba por entre la pintoresca *troupe*, sin aparentar oír ni ver nada, acercóse con presteza hacia el grupo de los *cave-bats* que sostenían el diálogo anterior, y dijo:

—¡Acabo de oír sus palabras! ¿Cuál es el regalo que quieren hacer ustedes a Su Majestad?

—¡Todavía se lo tengo que pedir a nuestro director William Scott!

—¿Dónde está su director?

—¡En el palacio real! Lo han venido a buscar, de parte de su majestad, hace media hora. Pero no tardará mucho en regresar, pues hemos de marchar pronto para exhibir nuestras habilidades y arriesgados ejercicios en presencia del rey.

Astrosa, en efecto: los preparativos estaban ya ultimados.

Y también entre los conspirado-

res todo estaba ya convenido y preparado.

El complot estallaríase aquella misma noche, después de la función, cuando el rey se retirara a sus habitaciones.

La guardia del palacio se hallaba ya sobornada y vendida y, por lo tanto, el triunfo de los conjurados no podía fallar.

Sin embargo, en las empresas humanas siempre representa un papel muy importante y, a veces, decisivo, lo imprevisto, y en aquella ocasión y perfida maquinación, lo imprevisto había de correr a cargo de William Scott y de sus hombres.

Contra el temerario caballista, los enemigos del rey habían maquinado una execrable emboscada, concertando un encuentro entre él y Kervna, el jinete más diestro y atético de la caballería, y en ese encuentro aquél sucumbiría en un desgraciado accidente.

Este accidente casual era la sentencia de muerte que habían dictado contra el valiente jefe de los *cave-bats*, Clark y sus secuaces.

Se acercaba el momento de la representación. Los amplios terrenos elegidos para la función estaban abarrotados de público.

William Scott había ido presentando a sus compañeros, sin exceptuar a un verdadero y auténtico piel roja, a los linajudos cortesanos.

Aprovechando un momento en que pudo hablar a solas con el rey, alegre y confluado, el audaz director de la *troupe* le dijo en voz baja:

—¡Vivid alerta! ¡Os acecha la traición!

—¡Habláme más claro!

—¡Ahora, imposible, Majestad! Nos miran y nos espían! ¡Desconfiad de cuanto os rodea!

—¡No os alejéis de mi palacio!—casi suplicó Felipe XI.

—¡Seréis obedecido, Majestad, y tan cierto como hay un Dios, que

he de saber velar y proteger vuestra vida!

Necesitaríamos un espacio del que no disponemos para describir con exacta fidelidad el entusiasmo, los aplausos y las aclamaciones que entre la compacta muchedumbre produjo el trabajo de la troupe.

El ejercicio más emocionante tuvo lugar cuando comenzó el duelo entre William Scott y el capitán Kervna, cada cual jinetes de un potro salvaje y que ofrecía mucha semejanza con las fustas que entre caballeros, solían concertarse en la Edad Media.

El resultado, empero, no fué desfavorable para el intrepido *cow-boy*. Al contrario, su victoria no pudo ser más rotunda y Kervna tuvo que ser recogido de la arena gravemente herido.

Se produjo entre los actores y el público una confusión y un tumulto indescriptibles.

William Scott fué detenido y llevado a presencia del jefe de la policía, donde se le sometió a un interrogatorio.

Pero por más que demostró haber obrado en legítima defensa, como también el hombre de la policía estaba ganado a la causa de los conspiradores, decretó su prisión.

— ¡Yo, encarcelado como un malhechor! — rugió William Scott.

— ¡Ciertamente! — respondió con acento glacial el jefe de policía. — ¿Acaso no lo eres?

Por toda respuesta William Scott dió un fuerte empujón a los agentes que le obstruían el paso, intentando ganar la puerta.

Trabóse entonces una lucha formidable entre él y sus adversarios, a la que puso fin la llegada de un emisario del rey.

Adivinando éste lo que le ocurría al bravo *cow-boy*, envió un mensajero con la orden de que fuese puesto inmediatamente en libertad.

Entretanto en palacio ocurría un lance por demás dramático.

Uno de los cortesanos a quien Felipe XI tenía un instintivo aborrecimiento, penetró en la cámara regia con una lujosa cajita con taracea de plata.

— ¡Los *cow-boys* me han dado este regalo para Vuestra Majestad! ¡Quieren dejaros este presente para que os acordéis de ellos con gratitud!

Con gran extrañeza, pero fingiendo un perfecto asombro, el joven soberano preguntó al emisario, mirándolo con fijez:

— ¿Y qué regalo es éste?

— Lo ignoro, Majestad! — repuso aquel con acento algo tembloroso.

— ¿Lo ignoras?

— Sí.

— ¡Abre la caja!

Este mandato no fué obedecido.

El cortesano, bañado el cuerpo en un sudor de hielo, temblando convulsivamente, miraba al joven príncipe con ojos desorbitados por el espanto.

— ¿Me has oído? ¡Abre la caja!

— ¡Majestad!

— ¡Yo lo mando!

— ¡No puedo! — gimió aquél.

— ¿No puedes?

— No...

— ¿Por qué?

— ¡Perdon!

— ¡Habla de una vez, infame!

— ¡Siempre desconfiá de tí! ¿Por qué imploras mi perdón? ¿Qué infamia tramabas?

— Esta caja contiene un... explosivo... que estallarí al abrirla!

Siguió a esta confesión un silencio de muerte. El rey y los dos criados antiguos y de confianza que se hallaban a su lado, cambiaron una mirada de consternación.

El culpable balbuceó:

— ¡Perdonadme y os revelaré un secreto!

— ¡Un traidor de tu ralea no merece perdón!

— ¡Huid, Majestad! ¡Huid pronto! ¡Si no lo hacéis, esta noche perderéis la corona y la vida! ¡Acor-

daos de vuestros infelices prisioneros!

Pasose una mano por la ardorosa frente el joven soberano, meditando unos momentos.

Seguidamente abandonó el aposento, regresando a poco escoltado por dos guardias.



*Los cow-boys llegaron a tiempo...*

—No sé si habrá tratado en vuestros corazones: les dijo a éstos la odiosa planta de la traición, y, por lo tanto, no sé si puedo confiar en vosotros.

—¡Majestad! — replicó uno de ellos —, mi vida os pertenece!

—¡Y la mía! — añadió el otro.

—No soy un monstruo que por conservar la corona de rey que heredó de sus mayores, exija la vida a cuantos le juraron obediencia y fidelidad. No corre ningún peligro la vuestra... ¡Pero temed mi castigo si dejáis escapar a este hombre!

«¡Llévatelo, pues, librándome de su repulsiva presencia, y guardadlo en lugar seguro!

#### IV

Apenas se quedó a solas, murmuró:

Se quisieran William y sus hombres defender mi trono, traba-

jo tendrían mis depravados enemigos para arrojarme de él!

«¡Y por qué no han de querer?

Cinco minutos después llegaba William Scott al palacio, quedando nombrado en el acto capitán de la guardia de palacio.

—¡Confíad en mí, Majestad, lo



*En la escalinata de honor...*

mismo que en mis hombres! Y creed que antes de que vuestros enemigos os toquen un pelo de la ropa, tendrán que malarnos a todos...

«Ahora, autorizadme para adoptar las necesarias medidas de defensa.

Pocos minutos después, llegaba al campamento un *cow-boy* diciendo:

—¡Pronto! ¡Al palacio del rey todos los hombres! ¡Nuestro director y jefe os llama!...

Aquella noche tuvo lugar entre los conspiradores que exigían la entrega del rey con los *cow-boys* al mando de William Scott, una encarnizada lucha que terminó con un triunfo completo de los hombres de las praderas.

...

Cuando uno de los jefes de la rebelión solicitó ser recibido por el

indomable director de los *convulsos*, le dijo:

— Si os halaga y seduce la riqueza, yo puedo colmar vuestra ambición, poniendo en vuestras manos una fortuna.

— ¿A cambio de qué?

— Habéis de abandonar la capital en seguida con vuestros hombres y se os daría un salvoconducto hasta la frontera. ¿Aceptáis?

— No!

Entonces correréis un peligro mortal. (Pensadlo bien.)

— ¿Y vos también? replicó William Scott—. ¡La victoria no será vuestra!

— Eso sólo Dios lo sabe!

Sonriendo con mofa, afirmó el caballista.

— Y yo!

En efecto, los rebeldes sufrieron

un completo descalabro. Un gigantesco caballo de madera «cullaba» en su vientre dos docenas de *campesinos*, los mejores tiradores, que causaron entre los rebeldes un estrago terrible.

En la escalinata de honor del palacio acabaron éstos con un descalabro tan tremendo que dio el triunfo a Scott y a sus hombres.

\*\*\*

Y hoy el antiguo caballista es el general más querido por el pueblo de Malvania y por su rey, y, además, el esposo dichoso de la hechicera y cantante Josefina.

¡Felipe XI, rara excepción, era un rey agradecido!

F I N

---

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

**LOS PUÑOS DE TOM TYLER**

SE PONDRÁ A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

---

**LAS GRANDES OBRAS MODERNAS** Publicación periódica

(Calle de Londres, 188) BARCELONA

---

Autorez gratia VIZCARRA - Barcelona, 225 - Barcelona